

LA VISITA

Frente a una ventana que por primera vez abre sus cortinas y me muestra su vista virgen llena de árboles maternos y bugambilias erectas, sorbiendo un té helado y escuchando de fondo el canal de televisa, entró caminando, a desbalance, La Palabra. . . (no confundir con la palabra de cierta religión, esta Palabra es non religious, non politikus, una palabra cualquiera del idioma cualquiera en el que usted esté leyendo este relato).

- ¿Qué onda? – dijo como si nada.
- ¿Qué onda? – contesté yo también como si nada, como si no hiciera un año que no se apareciera por mi casa.

La Palabra me vió con su sonrisa encaramada. La verdad es que ahora sí pensaba pasar un rato contigo, confesé, te siento naciendo en mi garganta... De esas palabras que terminan siendo prosa o poema pero que no se traducen exactamente como palpitan en la voz y en la vena aorta.

Caminó coqueta por mi recámara, sonrió condescendiente frente al televisor y lo apagó. Ya estoy aquí, dijo con voz de amante dispuesta y se recostó en la cama con la postura de una diva travestí. Ya sabes que me chocan las poses, dijo mi voz sin mi permiso. Ach, no cambias, dijo ella y no se movió, pero algo en su actitud le hizo ver como una niña despatarrada y resignada a escuchar un sermón. Esa era ella, le conozco, sin poses.

- Oye, Palabra, creo que eres imperfecta, que eres un dibujo inacabado, una voluta que no vuela, una maraña de papeles que se dispersa con el viento...

- Ya párale, ¿qué crees que soy sino un invento de los hombres? Por eso no puedes plasmarme como me sientes en la garganta. Soy La Palabra... La misma desde antes de ti... Una bola de estambre con el espíritu de un suéter. Jajaja. Así de simple, de non complicated. Ningún idioma ha permanecido igual por más de trescientos años y sin embargo tú, el humano, tienes el mismo adn, el mismo tamaño de cerebro, el mismo stock de ideas y léxico atorado, desde hace diez mil años, siempre el mismo, el mismo, el mismo.

- ¿Qué, las palabras no cambian?

- Las verdaderas no. Las que usan los de tu especie, en el habla, en los oficios, en las cartas y las canciones... Ésas sí, están cambiando siempre. En Holanda hay algunos que nos comprenden... Allí hacen diccionarios cada año; en España, en cambio, quieren que su castellano permanezca ceteris paribus, que el inglés no se entrometa, como decir no quiero que mis hijas caucásicas se casen con hombres árabes, negros o asiáticos, y claro que deben mezclarse, tal vez así encuentren La Palabra Exacta...

- ¿Qué me dices si me atrevo a dibujarte? ... ¿Posarías desnuda para mí?

- Empieza - dijo con voz cansada, reclinándose como La Maja - han sido tú y tantos otros. Disfrutarás dibujarme con las otras palabras, las inacabadas. Disfrutarás de tu

obra de arte, claro. Y también de la frustración, después, cuando sepas que mi imagen, así como me has visto hoy en tu cama, no se puede reproducir. No existo en tu mundo. Ahí viven las otras, las impostoras. Pero estaré contigo, en todos los dibujos del habla humana, en el canto y en la poesía: en las flores del canto como decían tus otros tús hace quinientos años.

Y mientras escribía como taquígrafo lo que conversaba, su silueta se fue difuminando... Arrastró su sonrisa y por último esa mirada entre maligna y sabelotodo. Desaparecieron sus formas a través de las bugambilias, su paso a desbalance, la cadencia de pata de palo fantasmagórica. Sentí un aleteo de tambores en el pectoral, era ella, así se cuele por todas las células y carga de aire la cuenca de los ojos. Palabra, ven, quiero dibujarte. Y así van tantos años desde que iniciamos esta infame relación que no sé si es sado-masoquismo o ficción esquizoidal de esto que el humano llama de ser humano.

© Cristina Rascón Castro (México, 1976)

Del libro *Cuentráficos* (ISC, 2006)